

Fáltanos, señores, considerar cuántas personas hay en Dios, cómo y en qué orden se manifiestan.

Hasta aquí nos hemos ayudado solamente de las analogías de la naturaleza exterior; pero en el punto á que hemos llegado, teniendo que explicarnos el número y el génesis de las personas divinas, es necesario que busquemos en mas remotas profundidades una luz mas cercana á la luz de Dios. La naturaleza exterior no es todo nuestro horizonte y toda nuestra claridad. La tocamos por nuestro cuerpo, pero está fuera de nosotros, aun en nuestro cuerpo, y además no es mas que tierra y ceniza; y si algo tiene de Dios, solo es un vestigio y no una imágen de él. Salgamos del límite y del polvo, entremos en nosotros mismos: ¿no somos espíritus? Sí, yo soy un espíritu. En este sepulcro material, que habito como viajero, se ha encendido una lámpara, lámpara inmaterial y pura que alumbraba mi vida, que es mi verdadera vida, que baja de la eternidad, y que me vuelve á ella como á mi origen y mi naturaleza ¿Qué hablaba yo ahora mismo del tiempo y del espacio? ¿Quién podía detenerme en estas viles comparaciones? ¡Ah! lo conozco, me lo reprendíais; me acusábais de que tenia mi alma y la vuestra cautivas en esas vanidades del universo, donde no veia yo sino sombras, donde no tocaba sino muertos, donde no suscitaba sino frias y borradas impresiones de la verdad. Aguardábais con impaciencia que abriese por fin la arena de una vision mejor; conozco que estoy en ella. Veo lo que no se ve, oigo lo que no se oye, leo lo que no tiene figura ni color; la verdad tiene todavía un velo, pero es ella misma; tiene todavía secretos, pero son los últimos. ¡Atrás la naturaleza, y veamos á Dios en el espíritu!

El espíritu vive como Dios de la vida inmaterial, y por consiguiente, conoce esa vida en que los sentidos no tienen parte, y que es la de Dios. ¿Qué hace, pues, el espíritu cuando encerrado dentro de sí mismo, imponiendo silencio á todo lo demás, vive de su vida propia? ¿Qué hace? Dos cosas solamente, señores, dos actos inagotables, que vuelven siempre, que nunca se cansan, y cuya trama compone todo su trabajo y toda su alegría: piensa y ama. Piensa primeramente, es decir, que ve y combina objetos despojados de materia, de figura, de extension y de horizonte; especie de universo en cuyo cotejo el que habitamos por medio de los sentidos no es mas que un sordo y estrecho calabozo. Se entretiene en ese mar inmenso de las ideas; llama á la vida, para componer la suya, á mundos sin nombre y sin fin que le obedecen con la prontitud del

relámpago. Puede no conocer su precio y desdeñarlas; la contemplacion pura le será tanto mas pesada cuanto menos la ejerza y mas encadene sus facultades á las humillaciones del cuerpo. Pero yo no hablo de estas traiciones del espíritu contra sí mismo; hablo del espíritu tal como es por su naturaleza; tal como vive cuando quiere vivir á la altura en que Dios lo puso. Piensa, pues, y este es su primer acto.

Pero el pensamiento ó es el mismo espíritu ó alguna cosa distinta del espíritu. No es el mismo espíritu, porque el pensamiento viene y pasa, en tanto que el espíritu permanece siempre. Olvido al dia siguiente las ideas de la víspera; las llamo y las expelo; algunas veces me poseen á pesar mio. Mi pensamiento y mi espíritu son dos. Me hablo á mí mismo en la soledad de mi entendimiento; me pregunto, me respondo; mi vida interior es un puro coloquio, continuo y misterioso. Y con todo soy uno. Mi pensamiento, aunque distinto de mi espíritu, no está separado de él; cuando está presente, mi espíritu, lo ve en sí; cuando está ausente, lo busca en sí. Soy uno y dos al mismo tiempo. Mi vida intelectual es una vida de relacion; torno á encontrar en ella lo que he observado en la naturaleza exterior, unidad y pluralidad; unidad que resulta de la misma sustancia del espíritu, y pluralidad que resulta de su accion. Con efecto, ¿qué sería la accion del espíritu, si fuera infecundo? ¿Cuáles serian su razon, su término y objeto? Es, pues, fecundo el espíritu como toda la naturaleza; pero en materia mucho mas elevada. Mientras que los cuerpos se dividen para multiplicarse, el espíritu, criado á semejanza de Dios, permanece inaccesible á toda division. Engendra su pensamiento sin emitir afuera nada de su incorruptible sustancia; la multiplica sin menoscabo de la perfeccion de la unidad.

Ya lo veis, señores, elevándonos de la vida exterior á la interior, de la vida de los cuerpos á la del espíritu, hemos vuelto á encontrar la misma ley; pero la hemos encontrado, como era inevitable, con un aumento de luz y de precision. Los cuerpos, no obstante sus maravillosas revelaciones, nos tenian á muy gran distancia de Dios; el espíritu nos ha llevado hasta el santuario de su esencia y de su vida. Penetremos en él, ó á lo menos si nos está vedado pasar ciertos límites, acerquémonos cuanto nos lo permita la bondad divina.

Dios es un espíritu, y por tanto su primer acto es pensar. Pero su pensamiento no puede ser como el nuestro, múltiplo, naciendo incesantemente para morir, y muriendo para renacer. El nuestro es

múltiplo, porque siendo limitado, no podemos representarnos sino uno á uno todos los objetos susceptibles de ser conocidos; está sujeto á perecer porque agolpándose nuestras ideas una tras otra, la segunda destrona á la primera, y la tercera precipita á la segunda. Por el contrario, en Dios cuya actividad es infinita, el espíritu engendra de un solo golpe un pensamiento igual á sí mismo, que le representa íntegro, y que no necesita de otro segundo; porque el primero ha agotado el abismo de las cosas inteligibles, es decir, el abismo de lo infinito. Este pensamiento único y absoluto, primero y último nacido del espíritu de Dios, subsiste eternamente en su presencia, como una representacion exacta de él mismo, ó hablando el lenguaje de los libros santos «*como su imagen, el esplendor de su gloria, y la figura de su sustancia* (1). » Es su palabra, su Verbo interior, como nuestro pensamiento es tambien nuestra palabra ó nuestro Verbo; pero á diferencia del nuestro, es Verbo perfecto que lo dice todo á Dios en una sola palabra, que lo dice siempre sin repetirse jamás, y al que San Juan habia oido en el cielo cuando abria de este modo su sublime Evangelio: «*En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios* (2). »

Y así como en el hombre el pensamiento es distinto del espíritu sin estar de él separado, así en Dios el pensamiento es distinto sin estar separado del espíritu divino que le produce. *El Verbo es consustancial al Padre*, segun la expresion del concilio de Nicea, que no es sino la expresion enérgica de la verdad. Pero aquí, como en lo demás, existe entre Dios y el hombre una gran diferencia. En el hombre, el pensamiento es distinto del espíritu con una distincion imperfecta, porque es finito; en Dios el pensamiento es distinto del espíritu con distincion perfecta, porque es infinito: es decir, que en el hombre el pensamiento no llega hasta ser una persona, al paso que en Dios llega hasta ese punto. El misterio de la unidad en la pluralidad no se verifica totalmente en nuestra inteligencia, y por esto no podemos vivir nosotros solos. Buscamos fuera el alimento de nuestra vida; necesitamos de un mantenimiento extraño, de un pensamiento que sea cosa diversa de nosotros y que sin embargo tengamos cerca. En Dios la pluralidad es absoluta así como la unidad, y por eso su vida se pasa toda dentro de él mismo, en el coloquio

(1) Epistola segunda á los Corintios, cap. 4, vers. 4. — Epistola á los Hebreos, cap. 1, vers. 3. — (2) San Juan, cap. 1, vers. 1.

inefable de una persona divina con una persona divina, del Padre sin generacion al Hijo eternamente engendrado. Dios piensa, y se ve en su pensamiento como en otro, pero como en otro que está tan allegado á él que es sustancialmente una sola cosa en él; es padre por cuanto ha producido á su semejanza un término de relacion real y personalmente distinto de él; es uno y dos en toda la fuerza que da lo infinito á la unidad y á la dualidad; al contemplar su pensamiento, al mirar su imagen, al oír á su Verbo, puede decir en el éxtasis de la primera y mas real paternidad esta expresion que oyó David: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy* (1). ¡Hoy! En este dia que no tiene pasado, ni presente, ni futuro; en este dia que es la eternidad, es decir, la duracion indivisible del ser sin mudanza. ¡Hoy! porque Dios piensa hoy, engendra á su Hijo hoy, le ve hoy, le oye hoy, vive hoy de ese acto inenarrable que no comienza ni acaba nunca.

¿Pero es esta toda la vida de Dios? ¿Es la generacion de su Hijo su único acto, y consume con su fecundidad toda su beatitud? No, señores; porque, en nosotros mismos, la generacion del pensamiento no es el término en que se fija nuestra vida. Cuando hemos pensado, se produce un segundo acto; amamos. El pensamiento es una mirada que trae su objeto á nosotros mismos; el amor es un movimiento que nos arrastra fuera hácia ese objeto para unirle á nosotros y unirnos á él, y realizar de este modo en su plenitud el misterio de las relaciones, es decir, el misterio de la unidad en la pluralidad. El amor es á un mismo tiempo distinto del espíritu y distinto del pensamiento: distinto del espíritu donde nace y muere; distinto del pensamiento por su misma definicion, puesto que es un movimiento de union, al paso que el pensamiento es una simple vista. Y no obstante procede del uno y del otro, y forma una sola cosa con ambos á dos. Procede del espíritu, de quien es acto; y del pensamiento, sin el cual el espíritu no veria el objeto que debe amar; y permanece uno con el pensamiento y el espíritu en el mismo fondo de vida donde los hallamos á todos tres, inseparables siempre y siempre distintos.

En Dios sucede lo mismo. De la mirada coeterna con que se contemplan el Padre y el Hijo, nace un tercer término de relacion, procedente de uno y de otro, realmente distinto de uno y de otro, elevado por la fuerza de lo infinito hasta la personalidad, y que es

(1) Salmo, 2, vers. 7.

el Espíritu Santo, es decir, el santo movimiento, el movimiento sin medida y sin mancha del amor divino. Como el hijo apura en Dios el conocimiento, el Espíritu Santo apura en Dios el amor, y por él se termina el cielo de la fecundidad y de la vida divina. Porque ¿qué mas habia de hacer Dios? Espíritu perfecto, piensa y ama; produce un pensamiento igual á sí, y junto con su pensamiento un amor igual á entrambos. ¿Qué le queda que desear y producir? ¿Y qué os quedaria á vosotros mismos, si tuviéseis como él en la unidad de vuestra sustancia, un pensamiento sin límites y un amor sin límites? Pero, desventurados de nosotros, el pensamiento y el amor no son en nuestra alma mas que una vista y una posicion de un objeto extraño; nos vemos obligados á salir fuera de nosotros para buscar nuestra vida, para aplacar nuestra sed de saber, nuestra sed de amar. Y en vez de ir á la fuente única de la verdad y la caridad, que es Dios, nos apegamos á la naturaleza que no es mas que una sombra, á la vida del tiempo que no es mas que una muerte. O bien, replegados en nosotros en virtud de un esfuerzo insensato, pedimos á nuestra impotencia la realizacion del misterio uno y triple, que es la felicidad divina; tratamos de bastarnos en el orgullo de un pensamiento solitario, en el deleite del amor personal; y cual arena que se devora á sí misma, nos secamos en los sangrientos abrazos de un egoismo, que sería infinito si la nada pudiera serlo.

¡ Ah! ¡ alzad los ojos á lo alto! Allí está la vida, porque allí está la fecundidad verdadera. A ella os conducen el espectáculo de las leyes de la naturaleza y el estudio de las leyes de vuestro propio espíritu. Todo os dice que el ser y la actividad son una misma cosa; que la actividad se expresa por la accion; que la accion es necesariamente productora ó fecunda; que el objeto de la fecundidad es establecer relaciones entre seres semejantes; que la relacion es la unidad en la pluralidad, de donde resulta la vida, la hermosura y la bondad. Y que así, Dios, el ser infinito, el ser bueno, bello y vivo por excelencia, es infaliblemente el conjunto mas magnífico de relaciones; la unidad perfecta y la pluralidad perfecta; la unidad de sustancia en la pluralidad de personas; un espíritu principio, un pensamiento igual al espíritu que le engendra, un amor igual al espíritu y al pensamiento de que procede; todos tres, Padre, Hijo, Espíritu Santo, tan antiguos como la eternidad, tan grandes como lo infinito, tan uno en la beatitud como en la sustancia de que toman su idéntica divinidad. ¡ Hé ahí á Dios! ¡ Hé ahí á Dios, causa y ejemplar de todos los seres! Nada existe en la tierra que no sea su vestigio ó su imágen, segun el grado

de su perfeccion. El espacio le revela en su plenitud una y triple; los cuerpos le manifiestan en las tres dimensiones que constituyen su solidez; el espíritu nos le muestra de mas cerca en la produccion de las dos cosas mas elevadas de este mundo, si es que son de este mundo el pensamiento y el amor; en fin, el mismo tejido del universo, que no es por todas partes sino relaciones, es para nosotros como una tela por donde pasa y penetra la luz divina, y nos deja entrever sobre el cielo visible el cielo invisible de la Trinidad.

Todas las leyes tienen su origen en este foco de las relaciones primordiales. La sociedad humana, si aspira á la perfeccion, no tiene otro modelo que contemplar y que imitar. En él descubrirá la primera constitucion social en la primera ciudad; la igualdad de naturaleza entre las personas que la componen; el orden en su igualdad, puesto que el Padre es el principio del Hijo, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; la unidad causa de la pluralidad; el pensamiento recibiendo de arriba su ser y su luz; el amor terminando y coronando todas las relaciones. Estas leyes son bastante bellas, y si los legisladores pudieran realizarlas en la tierra, harian una obra cuyo privilegio y secreto solo posee hoy la Iglesia católica.

Detengámonos. No os he demostrado el misterio de la Santa Trinidad, pero le he puesto en una perspectiva donde el orgullo no lo despreciará sino insultándose á sí mismo. Perdonémosle esta alegría, si es que anhela gozarla. Pero vosotros, señores, inspirados de mas alta y humilde sabiduría, dad gracias á Dios, que al revelarnos el misterio de su vida, no ha abrumado nuestra inteligencia con una luz estéril, sino que nos ha dado la clave de la naturaleza y de nuestro propio espíritu.